

NOV
22

LAMENTATIONS: A MONUMENT TO THE DEAD WORLD PART 2: THE SUBLIME CALCULATION de Bruce Elder

Centro de Cultura Antigua Instituto
33201 Gijón, Asturias

La última persona capaz de pensar la historia. Lamentations, de Bruce Elder

LAMENTATIONS: A MONUMENT TO THE DEAD WORLD PART 2: THE
SUBLIME CALCULATION. R. Bruce Elder. 1985. 240' 16mm. Sonido.
Color. 24 fps.

La carga de extemporaneidad —cómo seguir, a pesar de la sensación aplastante de haber llegado demasiado tarde con algunos, demasiados pocos, a un mundo repleto de personas que ya lo han hecho todo, y que lo han hecho mucho mejor— que oprime al conjunto del cine canadiense no es, sorprendentemente, el terreno particular del cine experimental canadiense. Y aquí, en líneas generales, se pueden distinguir dos intereses principales respecto a la extemporaneidad: la tradición más «naïf», ejemplificada por las películas de Michael Snow, y otra tradición «astuta», tan característica, la de las películas de Bruce Elder desde *The Art of Wordly Wisdom* (1979). Ambas tradiciones reflejan de manera dialéctica las diferentes respuestas a la misma pregunta: ¿cómo sería posible el arte tardío o el arte post-tecnológico?

Con *Lamentations: A Monument to the Dead World*, la película-monumento de ocho horas de Elder dedicada a la extemporaneidad, que se estrenó recientemente como cierre de la retrospectiva dedicada a Elder en la Art Gallery de Ontario (1-11 de octubre), la pregunta se lleva a sus límites psicológicos y técnicos. Técnicamente, el montaje de la película está formado por 7.000 planos, superpuestos con texto impreso, lecturas, narración, fotografías, diálogo y música mezclada en 34 pistas. La banda sonora se creó mediante una batería de equipos por ordenador y aparatos electrónicos que incluían, según se explica en las notas de producción, «sintetizadores para los diálogos, phasers, phalangers, vocorders, sintetizadores controlados por ordenador, cajas de eco, unidades de percusión digital, unidades de reverberación digital, unidades de dilatación analógicas, secuenciadores contruidos artesanalmente, filtros y un equipo de orquestación por ordenador». Psicológicamente, el tema de la extemporaneidad es llevado hasta el punto de la paranoia trascendental en *Lamentations*, que se ofrece como una forma construida del estado mental que uno podría imaginar como propio de la última persona (capaz de pensar) de la historia. A la luz de un tipo de sobredeterminación dual como éste —la muerte tecnológica del arte, y el final de la historia—, Elder parece estar preguntándonos: ¿y ahora qué sucederá?

Una pregunta así sólo puede dar lugar a otras: ¿a quién o a qué? ¿A mí, a ti, y al resto de nosotros, que vivimos en estos tiempos modernos? ¿Al Cine, al Arte, al Sentido de la Vida? Si «Esta película es sobre ti, no sobre

quien la hizo», como declara Lamentations bastante pronto; pero esta declaración se modifica después con las palabras: «(al menos, una media verdad)». Puede que nada ocurra en las medias verdades del final de la Historia –por esa razón se siguen haciendo películas–.

Si Elder esperaba algo así, asumiendo la carga de la extemporaneidad, un cineasta podría hacer una película que le descargara de su sentimiento de carga, y en parte, esto es en buena medida lo que sucede. Porque Lamentations es una especie de «queja de Portnoy» por parte del cineasta, puesto que después de esta larga confesión se siente realmente libre para empezar de verdad –incluso como confesión, Lamentations triunfa y fracasa a la vez–. Triunfa en el sentido de que es un increíble tropo de liberación imaginativa para el cineasta, de que con esta película se ha liberado de una carga psicológica. Pero fracasa técnicamente en ese viaje de más de ocho horas por un cosmos mental e imágístico, habitado por una gran cantidad de representaciones, todas llamadas Bruce Elder –una excursión a la que no le falta interés, navegando por todo tipo de sentidos, teniendo en cuenta la catolicidad salvaje de la mente de Elder–, de manera que uno tiene bastantes oportunidades para olvidarse de que es exactamente ahí donde se encontraba atrapado.

Por lo tanto, hay algo enormemente parentético en Lamentations –como si Elder, como si después del final de la historia europea con el apocalipsis-Auschwitz con el que termina Illuminated Texts (1982), hubiera llegado a la sorprendente y perturbadora constatación de que él, el cineasta, ha sobrevivido a su propio filme, y que no había nada que hacer, salvo marcharse a casa.

Lamentations Part 1: The Dream of the Last Historian es entonces el viaje de vuelta desde las cámaras de gas de la razón instrumental, un regreso desde las ruinas de la civilización europea y los escombros de la mentalidad europea, en los que siguen resonando los eternos debates; un regreso al Nuevo Mundo en una peregrinación hacia los nuevos comienzos, o, por otra parte, el sentido de una totalidad rota, que se mantiene como algo en común.

La Segunda Parte de Lamentations, The Sublime Calculation, con largos fragmentos filmados en la costa oeste canadiense, en la costa suroeste americana y en el Yucatán, en México, es una visión de lo que podrían haber sido esos nuevos comienzos si, en lugar de ser norteamericanos «enfermizos, condenados al fracaso», hubiéramos tenido el valor de ser españoles, «una raza artística desde el corazón y monstruosa en su deseo de sangre». Pero incluso allí/aquí, cuando «el mundo bañado por la luz del sol se encuentra con el peligro» en un paisaje tan exuberante que nos parece que la naturaleza ha perdido la cabeza, nuestro lado norteamericano en tanto que extemporáneos europeos nos condena, al menos, a conservar una conciencia de la ausencia: «todo se escurre literalmente al mismo tiempo, disolviéndose en la melancolía de una Nada omnipresente». Lo que mantenemos en común, finalmente, es el «sufrimiento» y la confesión del Último Historiador, el cual es Cada Hombre.

